

Proyecto 2: El valor de la Historia



La historia nos permite conocer y entender el “porqué” de muchas cosas y por eso es tan importante aprenderla.

A continuación encontrarás una novela escrita por Lucero Urizar en 2012, cuando tenía 14 años. Léela detenidamente y presta atención a los detalles, datos y hechos históricos que la autora incluye. La novela se desarrolla durante la época de la colonia en Guatemala. Al finalizar de leerla deberás escribir una pequeña historia o relato que se desarrolle durante la época colonial o las épocas de guerra e independencia. Puedes pedir ayuda a tus padres o familiares para que te proporcionen ideas sobre lo que puede tratar tu historia.

El relato deberás escribirlo en un documento Word con un mínimo de 1000 palabras y un máximo de 1500. Presta atención a tu ortografía y redacción para que quien la lea pueda apreciar mejor tus ideas. Puedes solicitar la ayuda de alguien para que la lea antes de enviarla y así recibir comentarios y sugerencias que te pueden ayudar a depurarla.

La historia que leerás a continuación tiene 4517 palabras y te aseguramos que te encantará.

Historia de una mestiza.

Se quejan de elegir un gobernante

Cuando yo hubiera deseado

Tan solo no ser electa como esclava.

Lucero Urizar

Agradecimientos

A Shayla y Selvin, mis profesores.

A todas aquellas personas que me ayudaron a descubrir mi talento.

Dedicado especialmente a todos aquellos súper héroes que sin tener poderes han dado su vida por alguien más.

Guatemala, 2012

Nota al lector.

No estoy segura del grado de interés que tengas en mí, sólo sé que estás leyendo esto porque alguien te aseguro que te quedarías con la duda de no hacerlo. Todos llevamos un lector dentro que espera encontrar un buen libro. Espero que este sea el tuyo.

PROLOGO

Opte por una vida inusual. ¿Sabes? Yo daría todo por ser TÚ. Sí, tú. El que está leyendo esto ahora mismo. Daría todo por vivir tu vida, dormir en tu cama, o por lo menos sonreír una vez al día como tú lo haces. Sé que más de alguna vez has deseado con todas tus fuerzas cambiar tu vida por la de alguien más, Alguna vez pensaste como sería haber nacido en otro lugar o en otra familia. Porque piensas que la tuya es miserable por el simple hecho de tener problemas, tristezas, engaños y desilusiones en ella. Piensas que eres el único, que no existe ser humanos más miserable que tú.

Déjame decirte que no tienes la más mínima idea de qué es tener una vida realmente miserable. Quiero compartir mi historia contigo, Y tan solo tengo una intención:

“Que valores y ames tu vida, cuando te enteres cómo viví la mía”

PRIMER CAPÍTULO, PRIMERA PARTE.

Bien dicen que cuando uno es un niño es tan inocente, no se da cuenta de las cosas. Estas sucio, despeinado, lloras, gritas y no le das la más mínima importancia a esos gestos, miradas y rechazos de otras personas porque no conoces la vergüenza, el odio ni el rencor. Eres un niño y solo conoces el amor.

“La vida perfecta”, así pensaba yo. Jugando con mis juguetes viejos favoritos, vistiendo ropas sucias y rotas y a decir verdad nunca tuve un par de zapatos y aunque sentí frío por las noches, estar descalza me llenaba de emociones. Las personas sentían envidia de mí los días de verano mientras que yo igualmente la sentía de ellos los días de invierno.

Sin embargo, puedo jurar que yo era la niña más feliz del mundo, aunque ciertamente aguante hambre pero, ¡Quién no? Tarde o temprano mi madre llegaría con dos platos de comida con frijoles Y tortillas, conversaríamos sobre nuestro día y olvidaríamos el mal rato con alegría.

Ixchel, así se llamaba mi madre. Risueña, solidaria, paciente y amorosa y sin dudas “La mejor del mundo”, así le decía yo. Siempre vi en ella el modelo perfecto a seguir, aunque tenía sus defectos pero, ¡Quién no?

Y sus ropas, ¿Cómo olvidarlas? Llenas de colores y formas diferentes, cada vez que me abrazaba imaginaba como si los animales impregnados en sus ropas cobraran vida y me contaran una historia, una historia diferente con cada abrazo lleno de ternura de mi madre. Aunque mi madre me prohibía usarlas y la verdad nunca tuve la menor idea del porqué; sus hermosas ropas no dejaban de llamar a gritos mi atención

Nunca voy a olvidar sus maneras de adormecerme. Cada noche una historia nueva sobre su vida. Ella me contaba que quedó huérfana desde los 15 años, ya que sus padres fueron asesinados por razones que hasta el momento no compartía conmigo. Desde entonces mi madre luchó por salir adelante trabajando en una tortillería.

También me contaba historias sobre mi padre. Un hombre muy bueno, humilde y trabajador, con una enfermedad muy extraña en el corazón, que poco a poco fue consumiendo su vida, muriendo el día en que yo nací.

Morena, ojos oscuros y pelo negro. Por cierto mi nombre es Lucero; fue mi madre la que me puso así. Siempre me decía que los dioses y especialmente el Dios de la creación me habían mandado en el momento perfecto a iluminar la vida de aquella mujer, que un 20 de Octubre quedaba de 1599 quedaba viuda.

Alguien a quién mi madre nunca pudo olvidar fue a aquel hombre que solía visitarla diciéndole: debes de bañar a tu hija en aguas medicinales las noches de Luna Nueva, porque la luna cobró un cierto poder sobre ella y un eclipse la haría perder sus sentidos.

SEGUNDO CAPITULO, PRIMERA PARTE.

Mis primeros recuerdos fueron las famosas ceremonias y siempre en ellas esas hermosas ropas que usaba mi madre, donde con mucha tradición se celebraban rituales espirituales, aunque en ese momento no sabía exactamente lo que eran. Danzas, bailes, gritos, disfraces y comida típica, eran algunas de las cosas que hacían especiales estas ceremonias. Con ese olor que te obligaba a perseguirlo hasta llegar a las candelas y jugar con el líquido que desprendían hasta quemarte. Misteriosamente se celebraban silenciosamente y mi madre como otras personas me prohibían mencionarlas si quiera. Nunca entendí el porqué. No tenían nada de malo, es más, éstas eran en agradecimiento a las buenas cosechas de maíz, frijol y café, se mencionaban nombres muy extraños y se elegía a la sobrina del ritual: ¿Tenía algo de malo?

Recuerdo que cada vez que mi madre y yo teníamos que salir, ella siempre cambiaba su vestimenta colorida por una parecida a la mía.

Desde pequeña amaba pasear por la plaza ya que esta estaba llena de flores y árboles y acompañada de cantos de aves. Al centro estaba ubicada una fuente muy extraña pero a la vez hermosa. Mi madre solía quitarse los zapatos antes de pasear por la plaza diciéndome que lo hacía por respeto. Yo no lo hacía puesto que nunca los tuve. Pero no era porque mi madre fuera injusta y no quisiese comprármelos, sino porque la pobreza era tan extrema que sin dudarlo prefería comer a calzar. Recuerdo muy bien a un grupo de hombres de aspectos físicos muy diferentes, extraños para ser precisos, cuando paseaban por la plaza siempre llevaban puestos sus zapatos y siempre le pregunte a mi madre por qué no se los quitaban como ella, pero dejé de hacerlo puesto que nunca recibí su respuesta.

Desde que tengo memoria, un hombre muy extraño visitaba mi casa una vez al mes, pidiéndole dinero a mi madre. Ella me decía que era un buen amigo, que en el pasado le brindo dinero y había venido a cobrárselo, pero yo tenía mis dudas. Una vez me escondí detrás de la puerta y casualmente escuché que a mi madre le decía: “-lo sabes muy bien. Esto es un tributo que debes pagar a la colonia, para que no quemén tu casa, maten a tu hija o te dejen sin comer-”. No sabía qué hacer en ese momento. ¿Qué es la colonia? ¿Por qué querría quemar mi casa, si es una de las más humildes de la aldea? ¿Por qué querría dejarnos sin comer, si solamente comemos frijoles y tortillas? Y sobre todo, si era un “buen amigo”, no podía hablarle así a mi madre. Pensé que tal vez escuche mal o era una broma. Realmente estaba muy confundida. Pero de algo estaba segura: tenía que averiguar quién era aquel hombre tan extraño al que mi madre llamaba “buen amigo”.

Era un 11 de Septiembre y como todos los meses aquel hombre apareció. No, no era cualquier hombre. Era aquel hombre que solía cobrarle dinero a mi madre, pero esta vez ella no se encontraba en la casa. De una manera muy amable y respetuosa le dije que mi madre había salido a la capital y que no regresaría hasta la madrugada. No dijo una sola palabra. Empujó la puerta lastimándose el brazo, entró a mi casa pisándola con sus finas botas negras y dejando aquel aroma que nunca tuve el privilegio de volver a sentir, comenzó a recorrer mi humilde hogar diciéndome: --Sé muy bien que aquí está tu madre y está escondiéndose para no pagarme. -A lo que siguiéndole le reclame: -Ni mi madre ni yo somos unas mentirosas. Le aseguro que mi madre está quemándose las manos en la capital para pagarle el dinero que le debe. ¿Sabía que mi madre le llama “buen amigo”? Que equivocada está. -Recuerdo muy bien que soltó una carcajada y se marchó. Nunca olvidare los acontecimientos de esa noche.

A la mañana siguiente le conté todo a mi madre. Le dije que aquel hombre al que llamaba un buen amigo me había lastimado, había entrado a la casa de la manera más irrespetuosa y había sido demasiado grosero conmigo. ¿Qué pasa con ese hombre? Le pregunte a mi madre. A lo que ella entre lágrimas respondió: te mentí Lucero, él no es un buen amigo, es más, ni siquiera ha tenido algún afecto conmigo. No me hagas más preguntas por favor, eres muy pequeña, créeme que aunque intentes no lo entenderías.

Se imaginan qué confundida quedé con las palabras de mi madre. Definitivamente tenía que averiguar quién era aquel hombre que mi casa visitaba, y no era precisamente bienvenido.

11 de Octubre ¡Como lo imagine! aquel hombre llegó a mi casa, como siempre pidió dinero a mi madre y ella se lo entregó. Pero esta vez era diferente y muy parecido a la vez. No se trataba del mismo hombre, pero sí de uno con los mismos rasgos físicos: alto, blanco y muy firme al caminar. ¿Y ahora que voy a hacer? Me dije rápidamente. ¿Tenía que dejar las cosas como estaban?, o ¿seguirlo como era mi plan? Mientras lo pensaba aquel hombre se marchaba y aunque hubiera decidido seguirlo, él se alejaba montando aquel animal de cuatro patas y pelo largo que tanto admiraba, el caballo. Dejé escapar la oportunidad. Más tarde me ocuparía de eso.

TERCER CAPITULO, PRIMERA PARTE.

Una tarde sin querer entré al cuarto justo cuando mi madre se cambiaba y vi una marca con un número bajo de su brazo izquierdo, creo que era el sesenta y siete “67”, pero no lo sabía exactamente. Rápidamente pregunte de qué se trataba aquel número impregnado en su piel, tan solo me dijo que se trataba de una cicatriz de hace más de 15 años, justo cuando empezaba a ganarse la vida y luego dijo: -no más preguntas, hay cosas que no valen la pena recordar. Mi curiosidad me mataba poco a poco, simplemente no podía aceptar el hecho de que esa cicatriz tuviera la forma de un Sesenta y siete, como si todo hubiera sido intencional, pues era la misma marca que tenía aquel caballo, aquel animal que llamaba tanto mi atención. Por algún momento pensé... -bueno, aunque así hubiera sido mi madre no me respondería. No me quedaba otra salida que creerle, y respecto a aquel caballo, seguramente se trataba de una coincidencia.

Creo que cuando nadie responde a tus preguntas, asumes la responsabilidad de deducir tus propias respuestas.

Mi madre y yo solíamos caminar hasta el punto más alto de la colina para evitar que el lechero nos cobrara de más. Hicimos eso una vez a la semana y un vaso de leche era algo que esperaba con tantas ansias todos los jueves por la madrugada. Cuando tenía ocho años me di cuenta de que a mi madre no le alcanzaba el dinero para sostener nuestra pequeña y humilde casa, así que uno de mis primeros trabajos fue ordeñar vacas, algo de cual estaba orgullosa. El lechero me pagaba con un litro de leche a la semana, en esos momentos pensaba –Que bueno es él. Pero hoy me doy cuenta que fui explotada, porque ordeñar 10 vacas al día no tenía ese precio. Pero bueno era apenas una niña y no sabía nada de la vida.

PRIMER CAPITULO, SEGUNDA PARTE.

Vi dos manchas rojas detrás de su oreja izquierda y se lo hice saber inmediatamente. Ella aseguró que se podía tratar de una picadura de cualquier animal, pero su apariencia no era normal.

Mi madre siempre había trabajado muy duro y jamás la había oído protestar ni el golpe más leve ni la quemadura más grave. Y aunque ella trataba de ocultarlo, yo sabía que algo andaba mal.

Fue una noche insoportable llena de llanto y amargura de ese domingo, cuya fecha no quiero recordar, mi madre postrada en una cama con una grave enfermedad, me decía que todo iba a estar bien, que todo iba a ser igual en unos días, pero desgraciadamente ya no era una niña y estaba consciente que esta enfermedad la mataría y que la cura no la encontraría. Que nadie vuelve del sueño profundo y sabía que en pocos minutos le daría el último adiós de este mundo.

SEGUNDO CAPÍTULO, SEGUNDA PARTE.

Fue una noche de 1607 tiempo después de la muerte de mi madre, noche en la cual no podía conciliar el sueño. De pronto todo comenzó a agitarse y cuando abrí los ojos, todo a mi alrededor y mi humilde hogar se caía en pedazos. Intente rescatar algunas cosas pero de haberlo hecho no hubiera vivido para contarlo.

Al cabo de algunas horas todos los vecinos de mi aldea se acercaron a consolar mi llanto pero yo no podía dejar de llorar. Porque más que único lugar para vivir, esa casa se llevaba todo aquello que me recordaba a mi madre. Incluyendo aquella vestimenta colorida que un día me prohibió usar.

Pocos días pasaron para que unos hombres llegaran a ofrecernos su ayuda. Confieso que despertaron en mí un sinfín de dudas pero la realidad era que no tenía otra salida, entonces acepté.

Mi vida acabó en un segundo desde que mi madre me dejó sola en este mundo. Desde entonces soy una esclava, humillada, abusada de mil y un maneras, y tratada como a un animal. Los golpes me han llevado al borde de la muerte, me han quemado y latigado, pero no muerdo desgraciadamente.

Dicen que si te conformas y no intentas escapar, tendrás paz. Pero no es cierto, nadie puede estar en paz consigo mismo si no es libre.

Al principio tenía muchos planes para escapar porque tenía la ilusión de un día volver a vivir en libertad. Pero hoy he dejado de hacerlo y no precisamente porque falle incansablemente o porque cuando me descubrían los castigos eran lo peor que me podía pasar, sino porque después de todos los comentarios de toda esta gente me deje convence. Llegue a la conclusión de que tal vez éste sí es mi destino, que indudablemente mi niñez fue la vida perfecta y que ahora tenía que enfrentar el destino que tenía escrito desde el principio de los tiempos.

Hicieron creer a los frailes que todos estábamos allí por ser huérfanos, ancianos y el resto por ladrones pero en realidad éramos sus esclavos. Algunas veces escuche que envenenaban nuestra comida aunque confieso que esa era la razón por la que comía, pero desgraciadamente no moría.

TERCER CAPÍTULO, SEGUNDA PARTE.

Jueves, cualquiera pensaría que estaba mintiendo pero era el día de mi cumpleaños, tenía exactamente hace 15 años. No lo estaba celebrando tal y como mi madre me lo había prometido. Estaba encerrada en una celda de castigos por algo de lo cual no me arrepiento hasta este día. Cualquiera diría que soy una loca psicópata pero no tenía otra salida, ese guardia atentaba contra aquella vida. Pero lo juro, mi intención no era otra más que defender a aquella anciana esclava que trataba de convencer a todo el mundo que había que enfrentarse a esta batalla, que algo peor que la esclavitud era perder las esperanzas y dejarse esclavizar, por lo que un español la trató de matar. Solo recuerdo que tome una piedra entre mis manos y golpee fuertemente su cabeza. Repito, lo juro, mi intención no era esa. Cayó inconsciente al suelo y murió en ese momento.

Estuvieron a punto de matarme pero sabían que eso era lo único que quería. Entonces decidieron encerrarme sin agua ni comida por tres días.

Llegue al punto de no querer saber nada más de nadie ni de nada y llorar hasta quedarme dormida. De pronto una voz interrumpió aquel sueño, era un guardia que una carta me entregaba diciéndome: una anciana acaba de dejarla dice que es muy importante que la leas, que es de un ser muy cercano a tí. Al principio estaba anonadada simplemente porque el único ser cercano a mí era mi madre y ella estaba muerta.

Al terminar de leerla, me costaba creerlo, le di mil vueltas a la carta y no podía creer lo que estaba leyendo. La carta decía cosas que ni con la gran imaginación que tenía lo hubiera pensado jamás. Y precisamente hoy, todo lo que viví tiene sentido. Hasta dónde pudo llegar el amor de una madre. Nunca me equivoque al llamarle “la mejor del mundo”. Su amor no tenía fronteras, demostrándolo de mil maneras. Prohibiéndome vestir esas hermosas ropas que ella vestía para evitar que yo viviera lo que ella vivió, para que yo no fuera tratada con la misma vara de la discriminación e injusticia con la que ella fue tratada. Me dio la mejor imagen de mi padre sólo para que yo no conociera la vergüenza, el odio ni el rencor, pues como dije, un niño solo conoce el amor. Me ocultó la verdad sobre ese hombre al que le llamaba bueno, humilde y trabajador. En realidad era un español que un 29 de Febrero mato a mis abuelos y después violó a mi madre cuando apenas tenía 15 años, sin siquiera importarle que a su paso dejaba huérfana a una hija, a la primera mestiza.

Recuerdo a mi mamá todos los días de mi vida desde que la perdí. Incansables veces intente quitarme la vida, pero un ser especial al cual decidí llamar ángel me lo impedía diciéndome que estaría más cerca de ella si tan solo intentaba vivirla. Pensé que como nadie vuelve de ese sueño profundo, por lo tanto no había un cielo que asegurar ni tampoco un infierno que condenar.

PRIMER CAPÍTULO, TERCERA PARTE.

No había nada nuevo que contar. Los días eran desgraciadamente todos iguales, la única diferencia era el número de golpes que recibías. Apenas estaba aprendiendo a no ser tan rebelde y conformarme con el futuro que tenía por vivir pero ese lunes me obligaron a cargar más de lo habitual. Una piedra rojiza más grande y más pesada que yo misma. Estaba intentándolo pero de pronto sentí que mis piernas no reaccionaron, como cuando te da un calambre, y caí al suelo con la piedra rojiza lastimándome la espalda, y por consiguiente aquella piedra se quebró. Sabía que nadie me ayudaría puesto que nunca nos dejaron hacerlo. Una mano tocó mi hombro, yo hubiera podido jurar que me pegarían como muchas veces lo hicieron. Pero cuando volteé mi cabeza, me topé con una cara sonriente y a la vez preocupada que me tendía una mano. No reaccionaba, simplemente -Él tenía los ojos de un color que jamás había visto. El color que tienen las hojas de los árboles cuando apenas acaba de llover. Sus ojos verdes y yo tan solo había visto ojos de color café-. Tome su mano con una mezcla de vergüenza y angustia y me disculpe rápidamente. Él me dijo – ¿Estás bien? No tienes nada porque disculparte-. Nunca entendí el “porque” pero sus palabras realmente sonaron amigables, sentí la confianza de hablar con un alguien muy especial o algo así.

SEGUNDO CAPÍTULO, TECERA PARTE

Tiempo después...

El prometió que me ayudaría a salir pero la verdad es que nunca le creí, al fin y al cabo los castellanos no trajeron más que tragedias a mi vida. Varios días después escuché a varios hombres y mujeres de mi aldea hablando, aunque no entendía lo que decían, nunca los había visto tan entusiasmados. Quería saber que estaba pasando, estaba acercándome poco a poco y cuando me acerqué demasiado, pronto bajaron la voz. Siempre me gusto saberlo todo, entonces no pude contenerme y dije: -¡Quiero saber que está pasando, no diré nada lo prometo! Me dijeron exactamente lo que el español me prometió. En ese momento no sabía si gritar de felicidad o decirles que habían sido engañados una vez más. Pero no dije lo segundo porque por primera vez estas personas tenían una esperanza que los mantenía con vida: recuperar su libertad.

Si Dios no lo hubiese puesto en mi camino o simplemente si no lo hubiese conocido, aunque alguien me jurara que así había sido, yo jamás habría pensado algo así de un castellano. Ese día aprendí algo: sin importar su origen, su sexo o su descendencia, cualquier persona puede ser buena si así se lo propone y por lo tanto, no podía condenar a todos los traídos del otro lado del mar.

El miedo fue mi peor enemigo, en las condiciones en las que estaba, seguramente cualquiera hubiera hecho y pensado lo mismo.- ¿Cómo alguien tan diferente, importante y bien parecido podía fijarse en alguien como yo?

Tan solo con pensar que era una indígena huérfana, una indígena abandonada, pobre y esclava. Indígena como todos me llamaban, con cierta humillación y desprecio. Todos, menos él.

-Hoy aprendí algo más, me di cuenta de que: “así como el hombre no puede ver a la persona por dentro, el corazón tampoco puede verla por fuera”-.

Al pensar en mi libertad, inevitablemente recuerdo a mi madre. La necesito, sus consejos, abrazos y todo lo demás. Siempre he pensado que alguien que aún tiene a su madre debe demostrarle que la ama, respetarla y apreciarla más que a su propia vida porque nadie en este mundo le puede amar como ella. Debo confesarte que la recuerdo todos los días de mi vida desde que la perdí y a pesar que le dije lo mucho que la amaba cada mañana desde que aprendí mis primeras palabras, siento que no termine de decirle lo que realmente sentía. Y no puedo evitar que las lágrimas nazcan en mis ojos y se deslicen lentamente en mis mejillas, no puedo evitar llorar, deseando que estuviera conmigo.

TERCER CAPÍTULO, TERCERA PARTE.

Debes en cuando nos mirábamos a escondidas para hablar, aunque para mí era soñar ya que no creía que todo eso fuera realidad.

Cierta noche estábamos acostados debajo de una luna nueva y rompió el silencio diciéndome: -Sabes Lucero siempre que tengo problemas o mis días andan mal, hablo con un ser muy especial y él siempre me escucha. No sé si has oído sobre Él pero yo lo llamo Dios. Él jamás te abandona y te ama más de lo que cualquier ser humano lo haría. Me gustaría que hablaras con Él porque todo ser humano lo necesita en su vida.

- Mi madre me hablo de muchos dioses pero siempre hablaba de uno en especial. Hablare con Él, lo prometo.

Luego de vernos por algunos segundos a los ojos él dijo: -Creo que tengo que irme pero antes, escribí algo desde lo más profundo de mi corazón y espero que lo leas. Disfruta tu última noche porque desde mañana serás libre.

A pesar de su amabilidad, yo aseguraba que se trataba de uno más de los españoles que nos esclavizaban, pero debo confesar que en mi corazón y en mi mente siempre tuve la esperanza de que él fuera diferente.

PRIMER CAPÍTULO, CUARTA PARTE.

El gran día llego, no era más de las 4 de la mañana, sentí algo en mi pecho pero fue un sentimiento inexplicable así que no tuve más remedio que seguir a cabo con el plan. María, la niña morena y “murusha” y con una voz despampanante logro distraer a dos castellanos mientras que intentábamos soltar los caballos. Parecía como si nada podía salir mal, hubiera jurado que todos saldríamos sin problemas pero de pronto los gritos empezaron a oírse, los caballos relincharon como nunca antes lo habían hecho y para nuestra desgracia alguien nos habían descubierto.

Cuando por fin logre tomar la crin de aquel caballo escuche un disparo seguido de un grito y cuando voltee no pude decir nada más que - te necesito en mi vida y descubrí que te amo pero al verlo a los ojos me dijo: -¡Lucero! tu sabes que siempre te he amado desde el primer momento pero ahora huye siempre añoraste tu libertad, y prometo que una parte de mi estará contigo. Huye, huye y se feliz!!!

Azote una pierna del caballo y hui como pude. Respiraba pero no sentía los latidos de mi corazón, mis manos sostenían la rienda pero yo había perdido todas mis fuerzas, mis ojos estaban abiertos pero yo ya había perdido de vista el horizonte.

Fui la única que corrió con suerte. Estaba totalmente sola, nadie más estaba conmigo.

¿Qué sentido tenía mi vida ahora? ¿Acaso mi libertad era motivo suficiente para ser feliz?

SEGUNDO CAPÍTULO, CUARTA PARTE.

Cuando desperté estaba tendida sobre un árbol y un Pájaro verde con el pecho de color rojo y una cola larga con muchos colores se posó sobre mi pecho. Había escuchado una leyenda sobre este pájaro antes pero en aquella el pájaro anunciaba la admiración y el esfuerzo de un hombre, sin embargo en mí anunciaba la esperanza que tenía sobre una mujer.

Después de haber vivido tanto tiempo encerrada en un lugar del cual no tengo ningún recuerdo anhelado más que un amor que desapareció justo cuando empezaba a distinguir la felicidad, quiero recordar cada día de mi vida que:- acostada viendo estos paisajes de hermosas y grandes pirámides, acompañada de animales y árboles y respirando aire puro de este verde mágico lugar, iluminado por un naranja atardecer de esos imposibles de dejar pasar desapercibido, un día tu diste la vida por mí y que sin ti, este paisaje sería un infierno, uno de esos que no se es posible salir.

De pronto quiero seguir recorriendo este lugar cabalgando en un caballo colorado: y viendo caer pétalos café amarillentos de hermosas rosas rojas, me di cuenta que al igual que una hermosa rosa se desvanece, por muy importante o muy doloroso que haya sido el esplendor de esas personas en tu pasado, no tienen mínima importancia en tu futuro.

Mi vida no acaba acá, alguna razón tiene que haber para que aun siga respirando, alguna razón por la cual haya sido la única sobreviviente. Ahora sé que Dios existe y fue él quien me dio la oportunidad de escapar de ese infierno con vida. Quiero darle la oportunidad a alguien más. No prometo regresar mañana, no me arriesgaría a prometer que regresare pronto, tan solo puedo jurar que un día voy a regresar...

“La gente le llamaba destino pero Lucero sabía que no era así. Tarde o temprano las circunstancias la obligarían a buscar otro camino.”

Novela literaria protagonizada por una mestiza llamada Lucero que vivió en una de las temporadas más trágicas para Guatemala. Ella relata lo difícil que fue su vida siendo una mujer esclava y a la vez nos da una lección: -Aunque todo lo que quieras se quede atrás, la vida no se detiene ni por un segundo.

Una novela sobre la libertad.